

# La crisis y la guerra urbana en el Uruguay\*

Patricio Biedma\*\*  
Nelson Minello\*\*\*

---

## INTRODUCCION

Cuando *Nueva Antropología* me invitó a colaborar en este número me pareció conveniente hacer un resumen de un artículo que escribimos en diciembre de 1971, Patricio Biedma y yo, en Santiago de Chile, precisamente en pleno apogeo de la guerrilla uno de los pocos artículos críticos del movimiento guerrillero —por lo menos en esa época—; y además de que la dictadura militar de Pinochet, en los primeros días después del golpe del 4 de septiembre, arrojó a la hoguera

toda la colección de *Cuadernos de la realidad nacional*, donde fue publicado originalmente.

Conviene recordar hoy que la dictadura militar uruguaya —que mantiene presos en condiciones infra-humanas a cientos de luchadores sociales, militantes sindicales y ciudadanos opositores, que ha expulsado del país a la mayor parte de su fuerza de trabajo, y de sus intelectuales, que ha proscrito partidos políticos y que reina gracias a la fuerza de las bayonetas— quiere ahora lavar su cara con amañados procesos electorales, tales

\* Separata de "*Cuadernos de la REALIDAD NACIONAL*", Núm. 12, abril, 1972. Universidad Católica de Chile, Centro de Estudios de la Realidad Nacional —CEREN— SANTIAGO DE

## CHILE.

\*\* Profesor en la Universidad Católica de Chile hasta 1973.

\*\*\* Investigador en el Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México.

como un plebiscito que deberá efectuarse la última semana de noviembre de este año, donde se "votará" sin libertad, una Constitución hecha por los militares y para ellos y que promete elecciones para 1981 ... con un candidato único seleccionado, por supuesto, por los mismos militares.

Sirvan entonces estas líneas, como repudio a la dictadura, y de expresión solidaria, con aquellos que, desde el interior del país, votarán por No o expresarán otra forma de repudio al plebiscito. Y, a la vez, de nueva denuncia de la farsa "democrática" en que están empeñados los gobiernos del Cono Sur.

## MARCO HISTORICO

### A. *Nacimiento y apogeo*

Uruguay, como otros países latinoamericanos, se independiza en la década de 1810 del dominio español, y se constituye formalmente en país autónomo, en los últimos años de la década de 1820.

País agrario-exportador, ingresa rápidamente en la división internacional impuesta por el imperialismo. Sus cueros vacunos, lana y tasajo le proporcionan la casi totalidad de sus ingresos (el 73.4% de sus exportaciones totales, en 1872). Del exterior venían los productos manufacturados, que iban desde alambre para la división

de los campos, hasta artículos suntuarios para una reducida clase alta (en general, compuesta de estancieros, comerciantes de exportación e importación, profesionales liberales).

Esta dependencia comercial se hace más evidente cuando pensamos que el Uruguay necesita vender su producción ganadera en los mercados internacionales, mercado cuyos precios no controla. Es a través de la fijación de las condiciones de comercialización que se realiza la apropiación parcial del excedente. Además, Uruguay siempre debe responder a las exigencias de la demanda, las que claramente determinan, por ejemplo, qué tipo de ovino se desarrolla más (fundamentalmente "Drambouillet", merino australiano, corriedale, ideal) en búsqueda de una hebra larga y fina, apta para un hilado textil de alta calidad que, por lo demás, no tiene colocación en estos momentos (en que la aparición de los tejidos sintéticos y sus mezclas exige una lana de mecha corta y gruesa), o qué tipo de animal productor de carne se selecciona; todo ello utilizando una tecnología en cuya creación no participa.<sup>1</sup>

La burguesía terrateniente, pues, es el centro de poder mayor, el grupo hegemónico de la clase dominante,

<sup>1</sup> *El proceso económico del Uruguay (en adelante PEU)*, Instituto de Economía, Universidad de la República, Montevideo, 1969; págs. 32 y 35.

seguida luego por la fracción financiera y los grandes comerciantes de la capital. El Gobierno tenía, poder por supuesto, —en tanto disponía del ejército y la policía; pero servía claramente los intereses de los centros mencionados.

El poder quedó en manos de la fracción ganadera. Esto es cierto aún con el fenómeno de la industrialización por sustitución de importaciones, y aún con la tímida política de redistribución de la renta nacional emprendida por el Estado a partir de los primeros años de este siglo.

Los primeros años del siglo XX nos muestran una fuerte inversión de capitales extranjeros, en especial, ingleses; esta inversión llega a 176 millones de dólares en 1914, alcanzando la cifra más alta per cápita y territorio en América Latina, excepto Argentina.<sup>2</sup> Estos capitales se invirtieron fundamentalmente en empresas de servicio público (transportes), bancos, comercio al por mayor, industria frigorífica y deuda pública (empréstitos).

A pesar de la fuerte presencia del imperialismo, no se registraron en Uruguay las altas tasas de explotación características de las repúblicas bananeras y de las economías de enclave en general. No hay que olvidar que la propiedad de la tierra —es decir, la propiedad de los medios de

producción— estaba en manos de nacionales.

La industria —esencialmente, los ramos de alimentos, bebidas, textiles, muebles— fue protegida por nuevas leyes de aduana, de privilegios industriales, exoneración de impuestos, etc. Esa política industrializadora, unida al fenómeno migratorio, pone de manifiesto un “protoempresariado industrial” (proveniente en general de los sectores de comercio y artesanal) y un proletariado que se concentra en la capital.

La nacionalización de los servicios esenciales (energía eléctrica, puerto, seguros, etc.), a la vez que reduce la dependencia productiva, genera un nuevo campo ocupacional (el empleo fiscal), todo lo cual, aunado con la concentración de la industria en Montevideo, favorece la aparición de amplias capas medias.

Con esta extensión del sector de servicios (burocracia estatal), el Estado funciona como redistribuidor de la renta nacional, al mismo tiempo que recluta su personal político fundamentalmente de entre esas capas medias, que desempeñan así un papel de intermediación entre el grupo dominante y los dominados, en tanto la clase terrateniente no quiere ejercer el poder directamente, por lo menos, mientras las condiciones económicas del Uruguay permitan una solución de conciliación de clases, que no otra cosa es, en esencia, el “modelo batllista”.

La década de 1930, señala el cierre de la etapa de crecimiento hacia afue-

<sup>2</sup> PEU, pág. 35.

ra y el comienzo de una etapa de franca industrialización por sustitución de importaciones. Según los estudios del Instituto de Economía de la Universidad de la República, los capitales necesarios para desarrollar la industria provinieron, en buena medida de los excedentes agrarios disponibles. Aunque no se han hecho los estudios necesarios para un cálculo preciso del excedente, computando la plusvalía producida en el período, y descontando el ingreso de los productores minifundistas y el consumo, es posible pensar que, en el momento del despegue, el excedente total del sector superaba los 60 millones de dólares anuales.<sup>3</sup>

Podemos ahora preguntarnos por qué se desarrolló esa afluencia de capitales principalmente ganaderos a la industria, teniendo en cuenta que Uruguay es un país dependiente, en el cual, en condiciones normales, la industria no es rentable.

Dada la ocupación total —la ganadería ocupa 15 millones de ha. de aproximadamente 17 aprovechables— de los campos uruguayos, la reproducción ampliada significa una modificación tecnológica, que puede llevarse a efecto de dos maneras: sustitución de hombres por máquinas, o aumento de productividad por ha. debido a mejora en los pastos o mejora en los rodeos. Los productores uruguayos utilizaron en sus campos mejoras

tecnológicas que incrementan la productividad-hombre, y también introdujeron ciertas prácticas sanitarias que aumentan la productividad-animal; los trabajos de cruzamiento y refinamiento de razas, tan importantes a fines del siglo pasado, parecen haber cesado, en el caso de los bovinos, alrededor de 1930, y en el caso de los ovinos, en 1955.

Lo que interesa fundamentalmente son los cambios tecnológicos que se relacionan con la producción por unidad de superficie, en tanto tiene que ver con el bien escaso —la tierra— y la posibilidad de producir mayor número de vacas (u ovejas) por hectárea. Este mejoramiento, este aumento, genera condiciones de reproducción ampliada. Pero, como vimos antes, la mejora podría hacerse por medios directos (mejora en las razas) o por medios indirectos (mejora en la tierra, o, en otras palabras, praderas artificiales).

Un productor pecuario uruguayo podía, para aumentar su ganancia (partimos de la base de que es propietario del campo que explota), arrendar otro campo, o construir una pradera artificial en el propio. Como lo demuestra muy claramente el cuadro 1, resulta mucho más atractivo, desde el punto de vista estrictamente capitalista de maximización de ganancias, el arrendamiento de un nuevo campo.

En resumen, la implantación de mejoras tecnológicas, tales como las praderas artificiales, que permitirían

<sup>3</sup> PEU, pág. 135 y nota 16.

**CUADRO 1**  
**COMPARACION DE TASAS MARGINALES DE GANANCIA**  
 (Porcentaje)

	Camponatural <sup>a</sup>		Pradera artificial <sup>b</sup>			
	Arrendatario	Propietario	Productor propietario	AUMENTO mínimo	medio	máximo
Tasa de ganancia	25.0	4.2	7.8	pérdida	3.4	11.4

<sup>a</sup> Se supone la opción de compra o arrendamiento de nuevas tierras.

<sup>b</sup> Se supone la inversión sobre las tierras ya explotadas.

Fuente: Instituto de Economía.<sup>4</sup>

un proceso de reproducción ampliada, es, pues, riesgoso para el inversor ganadero; se mantiene entonces un proceso de reproducción simple, lo que implica emplear los excedentes hacia afuera del sector (esta es la razón por la cual los ganaderos han invertido en la industria, por lo menos, desde la segunda guerra mundial; cuando la industria se estanca, a su vez los capitales afluirán al sector bancario, la construcción suntuaria, o la especulación, tanto en tierras, como en divisas extranjeras).

El período que llamaríamos de despegue de la industrialización puede situarse, entre 1935 y 1945, con una aceleración a partir de 1946. En este año, el batllismo, desplazado de la

escena política por el golpe de Estado de 1933, vuelto a ella en 1938, y consolidando poco a poco una posición de poder, llega nuevamente a tener el control de la vida política. Asimismo, la fracción mayoritaria del batllismo tenía al frente a un caudillo (Luis Batlle Berres), cuyo programa era el desarrollo industrial.

Esta política de industrialización llevó a una virtual alianza entre la burguesía industrial y el proletariado, alianza apoyada por las amplias capas medias urbanas.<sup>5</sup> Con ella, la burguesía industrial logra su política de desarrollo, y el proletariado la seguridad de salarios, que subirán al mismo ritmo del costo de vida, mientras que

<sup>4</sup> PEU, pág. 108.

<sup>5</sup> PEU, pág. 162.

la representación política es ejercida por las capas medias.

Aunque por las características de "proceso de industrialización de protección necesaria" no podía competir con el exterior, se expande el mercado interno, y hay una real elevación de nivel de vida del proletariado y de la población en general. Sus repercusiones van desde aumento de la demanda al sector de manufactura, crecimiento de la construcción, hasta una política de inversión en el sector público.

Este último sector mencionado crece desmesuradamente, y los funcionarios fiscales, que eran 57 500 en 1938, llegan a 168 532 en 1955, lo que significa en ese año el 19.5% de la ocupación total.<sup>6</sup> Este crecimiento desmesurado del sector público o fiscal, mantenido gracias a la política de redistribución del ingreso propiciada por el Gobierno, será un factor clave para interpretar el proceso político de estos últimos años, cuando la crisis haga que los propietarios de los medios de producción exijan —y

consigan— que se les respeten sus ganancias, a costa de la pauperización, fundamentalmente, de la burocracia estatal, y, en general, de los grupos más débiles de la población.

Veamos ahora la evolución política sufrida en el Uruguay. En el siglo XIX —pocos años después de su aparición como país independiente— aparecen lo que se ha dado en llamar partidos o lemas tradicionales: el Partido Colorado y el Partido Blanco (luego Partido Nacional).<sup>7</sup>

El Partido Colorado, más vinculado en el elemento capitalino (sus notables serán comerciantes exportadores-importadores u hombres de profesiones liberales) tuvo siempre un cierto tinte europeizante. Desde la capital creía regir los destinos del país al que conocía poco, quizás solamente por el resultado bancario de la venta de sus productos, o por venderle las importaciones de su casa comercial con fórmulas europeas. Partidario de una separación de poderes —Poder Ejecutivo, Parlamento, Administración de Justicia— irreal en un medio sin co-

<sup>6</sup> PEU, pág. 161.

<sup>7</sup> Toda caracterización de los partidos o lemas políticos tradicionales es necesariamente esquemática y, por lo tanto, en mayor o menor grado, irreal. Al admitir la diferenciación entre lemas (Blanco, Colorado) estamos asimismo admitiendo la intermediación ideológica generada por los grupos dominantes a

los efectos de su dominación, en tanto la división real debe ser realizada por clases sociales (esto es, horizontalmente, y no verticalmente, como quieren plantear los lemas). Esta división por el interés de clase, aunque presente siempre, podemos decir que se hace visible desde 1966, desde la ruptura del "modelo batllista".

municaciones y casi despoblado, con una muy pequeña burguesía, soñaba con el Viejo Mundo y sus fórmulas producto de una larga lucha de clases.

El Partido Blanco (luego Partido Nacional), formado en su mayoría de los productores agropecuarios, miraba con desconfianza la capital, donde no se da importancia a sus intereses. Estos estancieros —en general, tan conectados en el exterior— como los integrantes del otro partido, especialmente por el mecanismo de la venta de sus productos a intermediarios capitalinos, que no son otra cosa que disfrazados agentes de casas extranjeras (dependencia comercial), desarrollan una comunidad política con cierto tinte aristocratizante, conservador, defensor de la hispanidad y de los valores de la tradición y, lo que es importante, generando un fuerte sentimiento latinoamericanista, contra la intervención extranjera, cualquiera que ella fuera, inglesa o francesa, en el siglo XIX; pero, en el siglo XX, tendrán dentro de sí a grupos fuertemente anticomunistas.

El panorama político del siglo XX cambia sensiblemente. El Partido Colorado, principalmente la fracción de que era líder José Batlle y Ordóñez, fracción que tomará el nombre de batlismo, absorbe la masa de inmigrantes urbanos, pone en práctica una política de leyes de protección obrera que, por otra parte, coincide con la defensa de sus intereses industrialistas, y, podríamos decir, es un temprano ejemplo de populismo.

El Partido Nacional no ejerce el poder directamente, aunque, como ya vimos, tiene dentro de sí a los generadores de la riqueza del país. Su representación política es menor; no llega durante mucho tiempo al Poder Ejecutivo, y tiene representación solamente en el Parlamento. De todas formas, su control económico hacía que sus demandas fueran satisfechas, más o menos rápidamente, por el Poder Ejecutivo.

En el siglo XX, aparecen también partidos de izquierda; el Partido Socialista que, luego de las 21 Condiciones se escinde, formando la mayoría el actual Partido Comunista, y quedando la minoría con el nombre de Partido Socialista. No tuvieron nunca un peso decisivo en el política. Partidos de capas medias universitarias contaron con elementos obreros, pero no en un número importante, no para constituirse en partidos de clase.

A medida que avanzamos en nuestro siglo, y en especial los últimos 30 ó 40 años, las líneas de separación entre ambos lemas tradicionales van siendo cada vez menos claras (o, dicho de otra manera, la intermediación ideológica que permite la existencia de dos lemas distintos que favorecen ambos al grupo dominante va siendo cada vez más clara).

En síntesis: nos encontramos ante un panorama político de un gobierno democrático-burgués, con una representación política de tipo centrista, y con un poder real basado en fuerzas conservadoras y aun reaccionarias.

Señalaremos como característica importante que esa representación política centrista está apoyada por amplias capas medias, que se fueron formando merced a una fuerte autonomía del aparato estatal.

## B. Crisis

A mediados de la década de 1950, el proceso de crecimiento acelerado de la industria, cuyo comienzo habíamos fijado alrededor del año 1946, se detuvo. De acuerdo con el estudio del Instituto de Economía, aunque el punto culminante del PBI corresponde a 1957, es necesario fijar en 1955 el verdadero límite de crecimiento.

La estructura rígida de la producción agropecuaria, su estancamiento productivo, mantuvo una corriente de ingreso de divisas, en cierto modo reducida; pero la industria había llegado a una encrucijada: por un lado, su desarrollo requería un aumento de las importaciones, y, por otro, un cambio en la estructura de esas importaciones. Esto determinó un creciente déficit en el comercio exterior uruguayo, y contribuyó a separar, tanto en el plano económico, como en el político, la conducta de los productores de divisas —la fracción terrateniente— con la conducta de la fracción industrial, y aun del Estado mismo, en tanto los industriales reclamaban la protección cambiaria estatal para poder mantener su actividad, y el Estado necesitaba de esas divisas para su fun-

ción redistribuidora, que se resume, en gran parte, en pagar los sueldos de los funcionarios fiscales.

Los grupos agrarios, al replantear una política redistributiva que les fuera más favorable, atenuación o aun eliminación de la rebaja que hacía el Gobierno a las divisas por ellos generadas, modificaciones de las tasas de cambio, etc., impiden al Estado continuar con su política, rompiéndose así el “modelo batllista”, expresión de una conciliación y armonización de clases. El ataque culmina en 1959, cuando la burguesía terrateniente se convierte en el grupo hegemónico, desplazando al industrialismo batllista, y comienza a regir también políticamente —había ganado las elecciones de 1958— los destinos del país.

El proyecto político se orienta ahora hacia una mayor dependencia con el exterior.

En noviembre de 1966, se llevan a cabo las elecciones nacionales, a la vez que se aprueba una nueva Constitución que fortalece el poder presidencial, en desmedro del Parlamento. Los grupos dominantes deciden reajustar la superestructura jurídica y política, a efectos de controlar las crecientes tensiones sociales generadas al calor de la crisis.

En junio de 1968, se toman las dos medidas que no vacilamos en calificar de las que marcan la tónica económica y política de estos últimos años. Se decreta la congelación de salarios, sueldos y precios, con lo que se intenta, y en buena parte se consi-

gue, controlar la inflación, mediante un mecanismo constitucional de excepción.<sup>8</sup> las medidas prontas de seguridad, bajo cuyo manto se convierte el Uruguay en un estado policial; ellas permitieron al Poder Ejecutivo avasallar todo el poder del Estado (tanto el Legislativo, reimplantando las medidas cuando éste, que otras veces había mantenido un silencio casi cómplice, decide levantarlas, como el Judicial, manteniendo meses y meses en prisión a personas a quienes la justicia había dejado en libertad).

El proceso de transformación de la superestructura, uno de cuyos primeros indicadores es la Constitución de 1966, continúa a nivel del Poder Ejecutivo. Como en otras épocas de crisis (1875), la clase burguesa accede directamente al ejercicio del po-

der en los ministerios y puestos claves de la administración estatal. Aparecen así los grandes ganaderos, los banqueros, los abogados de empresas extranjeras, sustituyendo los nombres políticos tradicionales provenientes del "personal político".

La idea era crear ciertas condiciones de estabilidad económica y de "pacificación" político-social tales, que permitieran o alentaran la inversión de los capitalistas nacionales o extranjeros, con lo cual se generaría un nuevo proceso de desarrollo del país.<sup>9</sup> Esta política llevaba a la desaparición del Estado arbitral, del modelo de Estado redistribuidor que, aunque determinado, en última instancia, por la defensa de los intereses de la burguesía, pudo, durante muchos años y aprovechando su especial autonomía, defender los gru-

<sup>8</sup> Las "medias prontas de seguridad" son por esencia un instituto transitorio. El artículo 168 de la Constitución de la República, autoriza al Presidente de la República, en su inciso 17, a "Tomar medidas prontas de seguridad en los casos graves e *imprevistos* de ataque exterior o conmoción interior, dando cuenta, dentro de las veinticuatro horas a la Asamblea General, en reunión de ambas Cámaras o, en su caso, a la Comisión Permanente de lo ejecutado y sus motivos, *estándose a lo que éstas últimas resuelvan*. En cuanto a las personas, las medidas prontas de seguridad

solo autorizan a arrestarlas o trasladarlas de un punto a otro del territorio, siempre que no optasen por salir de él.

También esta medida deberá someterse, dentro de las veinticuatro horas de adoptada, a la Asamblea General, en reunión de ambas Cámaras o, en su caso, a la Comisión Permanente, *estándose a su resolución . . .*". El subrayado es del autor.

<sup>9</sup> Véase Alberto Couriel, "El ascenso del poder económico al poder político", en *Cuadernos de Marcha*, Núm. 5? Montevideo, septiembre de 1971.

pos económicamente, o en términos de poder, más débiles.

Desde el punto de vista social, se instaure un aparato represivo que impone la violencia como medio de solución de conflictos. De esta forma, hasta la fecha de escribir este artículo, hay 22 muertos en enfrentamientos con la policía, con la característica de que la mayor parte de ellos estaba desarmada, o se rendía ante la superioridad numérica de las fuerzas represivas; a ellos habría que agregar 10 muertos más, por disparos "al aire", o "balas perdidas", que victimaron a simples ciudadanos sin militancia específica alguna. Asimismo, se aprisiona a los dirigentes sindicales, mujeres, e incluso niños de corta edad, sin cargo alguno, durante meses, en cuarteles del Ejército o la Marina; se militariza a gremios enteros de funcionarios públicos o aun privados; se permite, e incluso se auxilia, a bandas armadas de tipo fascista, como la JUP (Juventud Uruguaya de Pie) u otros.

Además no sólo se desconocen los mandatos del Poder Judicial o del Parlamento, a los que, sin embargo, se les mantiene formalmente, para proporcionar al régimen una apariencia democrática, sino que se instaure una rígida censura, controlándose la correspondencia parivada, amenazando con el cierre de prensa, radio o estación de televisión que proporcione cualquier tipo de información sobre conflictos gremiales, paros, huelgas, medidas de solidaridad, etc., que no provenga de los comunicados policia-

les. Desde diciembre de 1967 a la fecha de escribir estas líneas, se han clausurado definitivamente los siguientes periódicos: *Epoca*, *El Sol*, *Extra*, *De Frente*, *Ya*, *Democracia*, *La Idea* y *El Eco*, con el agravante, en este último caso, de la clausura también de la imprenta donde se editaba, castigando así a un importante núcleo de trabajadores con la desocupación, e impidiendo la salida de otras publicaciones, aunque las más de ellas no tenían carácter político.

## RUPTURA POLITICA

"Nos empujan a esa lucha: no hay más remedio que prepararla y decidirse a enfrentarla". (ché Guevara)

### A. Crisis social y lucha revolucionaria

El momento en que una sociedad entra en crisis no coincide, siempre, con el momento en que ella se convulsiona internamente por las luchas revolucionarias. En necesario que la crisis adquiera una definición política, y ella sólo puede ser posible por la acción misma del proletariado y de sus organizaciones. Pues la burguesía no tiene interés alguno en que la catástrofe ponga también en duda sus propias bases de dominación. Si la década del 50 representa, entonces, para el Uruguay, la definición de la situación crítica, de la ruptura con el sueño del país de "clase media", la década de 1960 es la época en que

se le intenta dar a ella una definición de tipo político. Varios son los fenómenos que alimentan esa necesidad: por un lado, los fracasos electorales de las fuerzas de izquierda (1962: punto clave de ellos) obligan a replantearse el problema de la toma del poder a través del sistema democrático-burgués en el país; por otro lado, la incapacidad de las direcciones obreras para ascender la acción en el marco de las reivindicaciones más inmediatas, a pesar de que nuclea alrededor suyo un gran porcentaje de la clase trabajadora. Pero, por último, lo que mayor peso posee para redefinir el escenario político es, como en el resto del continente, la Revolución Cubana. Abre nuevos caminos, demuestra la caducidad de otros; replantea y cuestiona; hace impostergable una definición política, aun cuando de esa presión surjan concepciones equivocadas sobre el proceso o copias perfectas, pero inadecuadas de sus métodos de lucha. Puede decirse, si se quiere, que la izquierda entra en crisis también; no es una crisis de decadencia. Sólo demuestra que los caminos que ella habitualmente ha emprendido, están cerrándose al compás de la catástrofe económica.

En 1960, surge en Uruguay una acción que, tiempo después, va a quedar ligada con el nacimiento de una nueva alternativa de acción política. Raúl Sendic, militante socialista, toma la responsabilidad de organizar y dirigir a los trabajadores azucareros del Oeste y del Norte del país. A conse-

cuencia de esta agitación, queda constituido uno de los sindicatos combativos del Uruguay: la UTAA (Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas). Aun cuando mantiene sus reivindicaciones, sus métodos de lucha cambian considerablemente. Y de ahí provienen las sucesivas marchas que estos cañeros realizan sobre Montevideo, a partir de 1962. Su presencia en la ciudad es el precio que debe pagar la conciencia enajenada del urbanismo criollo para enterarse de los problemas nacionales. Si se dice que estas marchas son el primer intento serio de revertir la crisis económica en contenido político, con todas las limitaciones que estas manifestaciones tengan, no se está errado. No es de extrañar, pues, que ese intento venga guiado desde la ciudad, y por un partido político cuya votación sea casi exclusivamente urbana. Porque el sector rural siempre representa la reserva que ya posee la ciudad, en una estructura tan desequilibrada como la uruguaya.

Para un productor de lanas y de carnes, la agitación azucarera no es ninguna amenaza considerable para la mantención de un sistema económico. Pero cuando esa movilización se entremezcla con sus empleados, va por las calles y agita al comercio; hace ver que el problema va más allá que el azúcar, se inmiscuye en los servicios; en otras palabras: asalta la ciudad, e intenta romper su aislamiento; entonces lo inofensivo se convierte en peligroso. Por eso se la reprimió, y por

esto tuvo una repercusión política importante. Por eso se la estima como el primer indicio del surgimiento de la nueva alternativa política que se iniciaba en Uruguay con el advenimiento de la crisis económica. A ella se le suma otra pequeña acción política: el asalto al Club de Tiro Suizo, en 1963; cuatro obreros, dos desocupados, un empleado y dos estudiantes-empleados, expropiaron algunas armas "sin cerrojo". La calma uruguaya se perturba, y bueno es que comience a acostumbrarse a este tipo de perturbaciones: ante sus ojos se estaba mostrando el camino de lucha que un pequeño grupo había elegido. Se podía presentir que a esas acciones iban a continuar operaciones más arriesgadas y de mayor impacto. Ya parecía estar inaugurado el futuro. ¿Era la victoria lo que podía anunciarse; era la toma del poder; era la destrucción del sistema capitalista? No, en absoluto; era solamente la conciencia de un tiempo futuro inmediato de lucha, abierta y extralegal, ante quienes siempre había visto las actitudes de la izquierda en el marco del propio sistema legal uruguayo.

### B. *El MLN - Tupamaros*

Que el análisis de la ruptura política este nucleado en torno de los Tupamaros puede sorprender a muchos. No se debe desconocer la existencia de otros grupos políticos en el Uruguay que se encamina dentro de la misma

alternativa. Pero la elección no es arbitraria; sin negar a otros movimientos revolucionarios, debemos tener por cierto que no solo este movimiento inaugura la vía señalada, sino que su desarrollo refleja claramente el desarrollo general de la crisis, el agudizamiento de las contradicciones, sus luchas, etc. Uno de sus últimos documentos manifestaba: "La crisis es nuestra mejor aliada en las contradicciones que se originan cuando se quiere definir claramente una línea política en el seno de esa sociedad". Si son los Tupamaros, en quienes fijamos nuestra atención, es principalmente porque ellos expresan el carácter de la década del 60, mejor que cualquier otro grupo, tanto en sus aciertos, como en sus errores; porque ellos encabezan la transformación dentro de las fuerzas políticas de la izquierda, y, por último, porque los grupos revolucionarios que existen en la actualidad se formaron al calor de esas luchas.

En 1963, virtualmente, nacen los Tupamaros. En ese año sólo era un grupo coordinador para la acción conjunta de una serie de movimientos que en ese momento existían. Sus integrantes: el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria); la FAU (Federación Anarquista Uruguaya); el MAC (Movimiento de Apoyo al Campesinado); el MRO (Movimiento Revolucionario Oriental); y un grupo del Partido Socialista. Toda la izquierda uruguaya, salvo el PC, está en dicho grupo coordinador ...

pero él no agrupa a más de treinta personas. "Algunos habíamos pertenecido al Partido Socialista; pero en su conjunto constituíamos un mosaico de ideologías". Como coordinador define, en términos muy amplios, sus propios objetivos: patentizar la política en la acción, en la práctica, no en las palabras y el papel. Unir a través de ellas. Pero esa misma acción les enseña que ningún trabajo político puede ser fructífero sin definiciones precisas antes. El rehuir este tipo de precisión puede constituir un suicidio político. "El objetivo político era el socialismo. Ahora . . . a poco andar, nos dimos cuenta de que un aparato para la lucha armada necesita de una firme disciplina; pero no impuesta desde afuera, sino la disciplina consciente del individuo que sabe por qué lucha y tiene claros los fines que persigue. Como ya lo dije, componíamos una especie de mosaico de ideologías. Cada uno, en mayor o menor grado, mantenía el cordón umbilical con el movimiento del que se había desprendido. Había que reventar el mosaico. No podíamos acceder a los fines que perseguíamos, sin una ideología coherente . . .; hubo realmente coherencia cuando llegamos a un acuerdo sobre el método" (Reportaje a un Tupamaro, María Ester Gilio). La búsqueda de esta definición interna les va separando, naturalmente, de sus grupos de origen; se va conformando así una militancia propia, con objetivos y tareas autónomas, independiente de las di-

recciones de sus respectivos movimientos políticos, y lo que un día fue un coordinador de acción conjunta entre ellos, lo que fue un intento de acción primaria, se ha convertido, luego de este proceso, en un movimiento independiente, que tiene su propio planteamiento político. Es posible que en esta diferenciación se haya perdido, por decirlo así, parte del apoyo y del motivo que consolidaba al grupo. Acuñado en el seno de esos movimientos, el coordinador podía subsistir por la propia dinámica de ellos; pero su separación implicaba toda una serie de disposiciones internas que ponía de manifiesto el esfuerzo de mantenerse por sí mismos. Lo único que podía justificar tal situación era, pues, el análisis preciso de la realidad objetiva por la que pasaba Uruguay, y el planteamiento de un camino de acción que no estuviera totalmente en el seno de los movimientos originales. Por eso es que existe una etapa, que dura dos años, en que la preocupación fundamental es la consolidación interna de este movimiento que comienza a dar los primeros pasos solo. Durante esos dos años, se rastrean las definiciones, en el período de la búsqueda de que se hablaba. En 1966, se realiza la Primera Convención Nacional interna. Dos tesis son presentadas en ella:

1. Una sostiene que la lucha pasa por tres etapas:

- a) formación del partido que respalda la lucha armada (la vanguardia armada);
  - b) formación del Frente Unico de Lucha;
  - c) guerra popular.
2. La tesis finalmente triunfante postula la sucesión en:
- a) formación del aparato político-militar (la vanguardia armada);
  - b) formación de organizaciones que den encuadre a las masas en la lucha armada;
  - c) guerra popular.

La concepción del momento en que se deba crear el partido es lo que difiere en ambas tesis. La primera sostiene la necesidad de llegar a formas superiores de lucha a través, primero, de la formación del partido de masas. La segunda, al contrario, ve la formación de dicho partido como producto de la acción de un aparato político-militar. Esta diferencia, que para aquel momento parecía ser sólo una concepción distinta, referente al tiempo en que los elementos de una misma línea se coordinaban, posteriormente, va a tener una importancia primordial. Es difícil de suponer que dicha importancia pudo establecer de antemano, y valorar todos los factores que

con el tiempo, iban a entrar en juego. La tesis trinfadora va a manifestarse de esta manera: "Si, sin considerar esfuerzo perdido el que se realice para crear un partido o movimiento de masas antes de lanzar la lucha armada, hay que reconocer que la lucha armada apresura y precipita el movimiento de masas. Y no es sólo el ejemplo de Cuba; también en China, el partido de masas se fue creando en el transcurso de la lucha armada. Quiere decir que la fórmula rígida de ciertos teóricos, 'primero crear el partido para después lanzar la revolución', históricamente reconocen más excepciones que aplicaciones. A esta altura de la historia, ya nadie puede discutir que un grupo armado, por pequeño que sea, tiene mayores posibilidades de éxito para convertirse en un ejército popular, que un grupo que se limita a emitir 'posiciones' revolucionarias".

En las anotaciones anteriores, está explícito uno de los principales problemas que afronta todo movimiento revolucionario en sus comienzos: el de darse una fisonomía propia. El afán por lograrla ha buscado, muchas veces, diferenciarse de los partidos tradicionales de los que se desprenden, a través solo de las ideas, en el campo de la lucha ideológica. Si esa lucha no encuentra asidero en la práctica, si las posiciones que se enfrentan no se respaldan prácticamente, entonces la lucha ideológica de la que se habla, caduca en el bizantinismo. El practicismo ha sido, también, el engendro del mismo afán:

el de calcular la diferencia, la ruptura, según el tipo de acciones que se practican, eludiendo toda cuestión teórica. Si los Tupamaros lograron consistencia, relativamente, en poco tiempo; si su proceso interno fue consistente, fue principalmente porque ambos elementos estaban balanceados o, por lo menos, tomaron conciencia de la necesidad de tal equilibrio. Nunca abrieron demasiada polémica con los grupos de los cuales se habían distanciado; ellos mismos lo reconocen. La polémica la asentaron principalmente en las acciones y las repercusiones que ellas tenían. Cabría criticar, quizás, este intento de evadir la lucha ideológica, sobre todo, en el contexto de una izquierda que estaba en crisis, y de la cual solo pocos habían tomado conciencia. (La experiencia que se deriva de este plazo de consolidación es también aplicable a muchos otros movimientos revolucionarios de distintas partes de la América Latina: cuando esta etapa es más corta, por ejemplo, en el caso de algunos movimientos argentinos, lo es por el hecho de que se presenta dentro de un marco en donde se desarrolla la actividad de otra serie de movimientos políticos armados de importancia y, también, por la propia experiencia anterior que tenía un movimiento tan importante como los Tupamaros).

Entre 1965 y 1966, se establece un período de discusión interna, tanto política, como militar. Se conforma la organización por células con un

organismo coordinador de acciones y un organismo de pertrechos (económicos y militares). Se comienzan a ejecutar acciones que presenten un claro contenido político. Ya para diciembre de 1966 (tiroteo y muerte del militante Mario Robaína), en el aparato político-militar consigue cierta publicidad. Esa fecha marca un hito importante en la evolución de los Tupamaros: En Uruguay, sale a la luz la existencia de un grupo armado, con formas propias de acción. Ha nacido ya, oficialmente, lo que este pequeño grupo inicial quería entregar al pueblo uruguayo desde que se estableció la necesidad de replantearse caminos: la alternativa de lucha armada. Todo depende ahora de la habilidad política que se posea para nuclear tras de esa alternativa a todos los trabajadores objetivamente amenazados por la situación de crisis por la que atraviesa el país. Políticamente, los muertos, los mártires, tienen siempre mucha importancia. Ni la ultratumba puede brindar descanso a un militante político. Su caída siempre establece cambios de consideración en la situación que vive. Mario Robaína, el militante muerto, representa la gestión inicial. La acción en la que cae, pone en peligro a 25 de los 30 militantes del movimiento, los que deben pasar a la clandestinidad. La situación obliga a conformar nuevas modalidades de organización y militancia. Todos los esfuerzos están dirigidos a perdurar, a mantenerse. Han nacido, deben gozar de buena salud, no hay motivo para

arriesgarse. El movimiento debe entrar en repliegue, saldrá de él cuando se encuentren las condiciones internas y externas dadas para su salida. Este período dura dos años (marzo de 1968). Para ese entonces, ya se había recibido la invitación a que el movimiento se integrará a la guerrilla en Bolivia. La recepción de esta invitación dio lugar a una discusión. Por un lado, se encontraban los que se negaban a partir, aduciendo:

- a) La propuesta descentraliza la acción de los movimientos revolucionarios; quita fuerzas de otros lados, concentrándolas en un solo punto, de manera de ahorrarle trabajo al imperia- lismo.
- b) La etapa de reliegue puede ser superada prontamente.
- c) A esta altura, no hay posibilidades de una nueva Cuba.
- d) Se trata de crear varios frentes de lucha, y no de aglutinarlos.

Por otro lado, un sector se manifiesta a favor de la aceptación de tal invitación, argumentando que los Tupamaros estaban en una situación sin salida en el Uruguay. Esta discusión tiene su final definitivo en la decisión de mantener la lucha a nivel nacional, y negar la invitación a Bolivia. Era pues, evidente, que si habían na-

cido como alternativa nacional, si respondían a la crisis económica propia de Uruguay, la salida de ese territorio particular de lucha significaba abandonar los motivos que les impulsaron a crearse como movimiento independiente. Aun cuando en la aceptación no se negaba su carácter uruguayo, su vinculación en la realidad de ese país, y se asentaba el principio de la continentalidad de la lucha, habían también motivos de orden político-militar que llevaron a negarse a salir de él.

En 1968, se produce la Segunda Convención Nacional, fecha en la que culmina la etapa de repliegue en que estaban sumidos. Esta Convención define, principalmente, elementos de orden estratégico y táctico. En primer lugar, adopta oficialmente el método marxista-leninista de análisis de la realidad. Luego, y esto es importante, toma conciencia de que la evolución dentro de la primera etapa de la tesis inicial, esto es, la etapa de formación de una vanguardia político-militar, exige, al mismo tiempo, ir creando la segunda, formando organizaciones que logran atraer a las masas que fueron impactadas por la acción del aparato. Por eso, esta Segunda Convención crea lo que se ha de llamar el MLN (Movimiento de Liberación Nacional), cuyo objetivo es convertirse en una organización que medie la lucha armada al pueblo. Su vanguardia político-militar son los Tupamaros. Se definen, en el curso de esta convención, ob-

jetivos y tareas de ambas organizaciones. Luego, en el momento en que llegara la tercera etapa, se formaría en Ejército de Liberación Nacional. Tupamaros-MLN-Ejército de Liberación Nacional, esta es la sucesión temporal que marca la actividad de los Tupamaros durante un período prolongado. Cada uno de estos tres elementos está ligado con los otros como eslabones de una cadena. Cada uno debe formar las bases para la realización del siguiente, y, como tal, las tareas que se cumplen en ellos están guiadas por la formación de la etapa posterior. Aun cuando sus relaciones temporales no sean rígidas, debe mantenerse cierta dependencia de cada etapa respecto a las que le siguen; el estancamiento en una de ellas desvirtúa, naturalmente, el objetivo de la toma del poder.

Se planteaba la ejecución de acciones de tipo político-propagandístico. La reorganización interna debe ser constante: se establecen las famosas columnas que evidencian la fórmula del "centralismo estratégico con autonomía táctica". Se trata de superar el esquema partidario de un vértice que no sólo centraliza la estrategia por aplicar, aun cuando ella sea producto de una decisión democrática de todos los miembros, sino que se establece como un organismo directivo de las acciones que esa misma estrategia exige. Para un movimiento como el de los Tupamaros, que viven en la clandestinidad, la democracia interna es un problema serio; no se

puede desenvolver naturalmente como lo hace una organización aún legal: se necesita cierto tipo de comartimentación y de informaciones que corresponden solamente a determinados niveles del movimiento, que impiden la participación masiva de sus militantes en la toma de decisiones grupales. Por eso se establecen otros tipos de organización interna, en donde la división por columnas, con un centro estratégico, y dándole autonomía a ellas para la forma de llevar esa estrategia a la práctica, se presenta como más democrático, en estas condiciones específicas, que el centralismo democrático vulgarmente conocido.

### C. *Las acciones*

El difícil nacimiento de los Tupamaros, sus condiciones precarias, lo hacen vulnerable en los primeros años de su vida (1963-65). Consiguen, sin embargo, darse una estructura flexible, adaptable a las nuevas condiciones de la situación nacional: su estrategia, al decir de ellos, nunca está bien detallada, ya que se va poniendo en práctica a partir de los hechos reales básicos y "la realidad cambia independientemente de nuestra voluntad". Expresa, más bien, grandes líneas aplicables a cortos períodos históricos, ateniéndose a la realidad y fijando sus objetivos de acuerdo con el tamaño del movimiento en ese momento. Si detallamos las acciones principales

de los años 1968 y 1969, nos daremos cuenta de los saltos que se van produciendo en el significado de ellas. Luego del período de repliegue que hemos mencionado, el movimiento sale a la luz provocando estos hechos principales:

- a) secuestro de Pereira Reverbel, jefe de Usinas y Teléfonos del Estado que, en ese momento, se encontraba en huelga. El rapto tiene el 87% de aprobación de parte de la opinión pública uruguaya, según un estudio realizado;
- b) recuperación de armas guardadas en el Juzgado de Instrucción;
- c) bomba colocada en la Radio Ariel;
- d) asalto a la Financiera Monty, robo de documentos en que se demuestra la participación de altos funcionarios del Gobierno en medidas fraudulentas. El ministro de Ganadería y Agricultura, involucrado en ellas, debe renunciar;
- e) asalto al Casino San Rafael, con intento de devolución del dinero destinado al pago de salarios de los empleados, frustrado por el Gobierno;
- f) toma de la Radio Sarandí, con difusión de proclama, durante el entretipo de la final de la Copa de América de Fútbol en Montevideo;
- g) incendio a la General Motors durante la visita de Rockefeller al Uruguay. Un millón de dólares de pérdidas;
- h) ocupación de la ciudad de Pando, con robo a los bancos y expropiación de armas. Entran en la ciudad simulando un cortejo fúnebre. En la acción, caen varios militantes muertos luego de entregarse con las manos en alto, y son capturados otros tantos;
- i) secuestro de Pellegrini Giampietro, banquero, durante la huelga bancaria. Canjeado por 30 mil dólares, destinados a la Caja de Compensación de la Industria Frigorífica;
- j) ocupación, por dos horas y media, del Banco Francés e Italiano. Falla la apertura del tesoro, pero se incautan documentos.

Esta es una recapitulación de las operaciones que se producen en los años 68 y 69. Ellas demuestran la capacidad militar de los militantes del movimiento, y la sola mención de algunas puede reflejar, siquiera medianamente, el impacto político que pro-

dujeron. Ministros renunciando, grandes hombres secuestrados y canjeados, ocupación temporal de bancos y de radios, indica la presencia, ya a esta altura, de un movimiento con capacidad suficiente de maniobra urbana, y que goza de alguna simpatía entre la masa; sin ella no se podrían ejecutar acciones, manteniéndose inmunes.

#### D. *La línea política*

Sin que este punto se desligue del anterior, ya que toda acción representa la puesta en práctica de una línea política, debería dedicarse a replantearla con toda claridad, ateniéndose no sólo a los resultados concretos que produce, sino también a los principios que la guían. Con el punto anterior se pretendía fijar un "puente" entre la evolución histórica del movimiento y el análisis de sus planteamientos. De todas maneras, hay, ciertamente un desarrollo en el nivel de los planteamientos, desde que el primer documento se hizo público ("Las 30 preguntas a un tupamaro", aparecido en la revista Punto Final, en 1967), hasta los últimos ("Entrevista a Urbano", Documento 5, etc.); en ellos se esboza una reformulación de posiciones y una flexibilidad frente a las nuevas situaciones existentes. Esto no obsta, sin embargo, para que sea posible un análisis completo y global de su pensamiento político.

Partimos de la discusión de ciertos principios básicos, orientados a esta-

blecer, con su análisis, el marco en el que se desarrollan las líneas políticas del movimiento.

#### LAS MASAS

1. El principio que postula que la acción revolucionaria en sí, el hecho mismo de armarse, de pertrecharse, de ejecutar actos que violen la legalidad burguesa, genera conciencia, organización y condiciones revolucionarias; nace con la década del 60 en América Latina toda. Era la época, digamos, de la inquietud de las "condiciones objetivas dadas para la revolución"; correcto como principio específico para algunos países, aplicado en su generalidad, resultaba a veces perjudicial para promover esas condiciones objetivas, a un nivel superior de concreción. Por ello, este principio debe ser analizado con mucho cuidado: si los "hechos que violen la legalidad burguesa" no generan ningún movimiento de masa detrás de ellos, no remueven las conciencias de la inercia política a las que están sumidas, entonces, ¿no podría decirse, acaso, que el resultado es un simple "militarismo"? La preparación para la lucha armada, última etapa de la guerra revolucionaria, es necesaria, y debe ser vista como la meta de cualquier acción política previa; pero militarizarse porque la represión pue-

de desbaratar el movimiento, "porque un movimiento armado de izquierda puede ser atacado por la represión a cualquier altura de su desarrollo y debe estar preparado para defender su existencia . . .", no resuelve el problema de cómo enfrentarse con el objetivo estratégico; la represión política del sistema viene sólo cuando él mismo ve amenazada su propia existencia, y esto es producto del agudizamiento de las contradicciones. Si el partido de la revolución no puede percartarse de dicho agudizamiento, si él mismo no es parte culpable del quebrantable poder de la burguesía, entonces, deja mucho de que desear como partido revolucionario. Y si lo hace, si ve el peligro que se le acerca, producto de su intenso trabajo, sería más que ineficaz el hecho de no prepararse para la respuesta del aparato y los futuros pasos que se han de dar. Pero eso indica que ninguna militarización ocurre al azar, ni por el miedo a la respuesta del sistema, sino como producto de una situación de la cual debe ser responsable también el movimiento revolucionario. Si la organización no se desarrolla al compás de la dinámica social, elevando esa dinámica, hasta el quiebre, se puede llegar a la idea de que la lucha es llevada a cabo por un aparato armado de la revolución, desligado del nivel de conciencia de las masas, y que no ne-

cesita de ellas para su evolución. Estos son postulados que se presentan justamente en 1967, como propios de los Tupamaros. Para ver sus consecuencias prácticas, deberemos avanzar un poco en el análisis de otros principios.

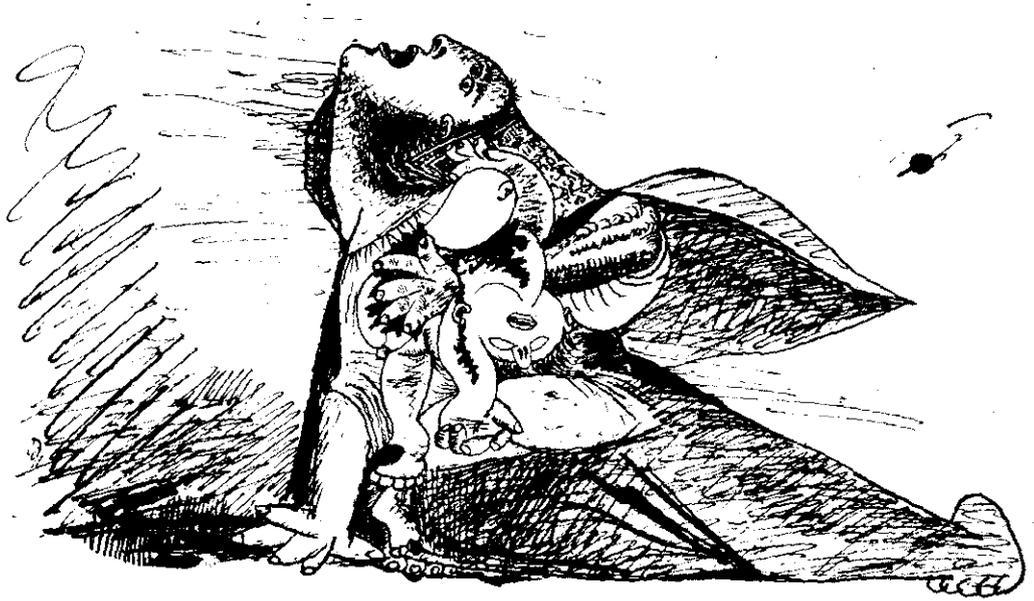
2. Un segundo aspecto que debe ser considerado: la lucha armada es un hecho técnico que requiere, pues, conocimientos técnicos, entrenamiento, práctica, materiales y psicología de combatiente . . . El espontaneísmo que propician los que hablan vagamente de la "revolución que hará el pueblo" o "las masas", o es mera dilatoria o es librar a la improvisación justamente, la etapa culminante de la lucha de clases. (Las 30 preguntas . . .). La lucha armada es la continuación de una lucha política, su etapa superior, si se quiere. Ningún partido de la revolución va a dejar esta etapa librada a la arbitrariedad; por el contrario, la va a ir preparando, en el seno mismo de estas "masas", va a ir sirviendo de guía, etc. Pero si se considera que la lucha armada es sólo un hecho técnico, se priva a la clase trabajadora de la utilización de las armas, pues el carácter técnico de la lucha establece, así, una diferencia a priori: aparato armado, técnicamente integrado por las "masas". Esas mismas "masas", de las que habla el documento, podrían ser técnicamente capaces, milita-

res, solamente cuando vean la acción militar como una prolongación y continuación de su lucha; solamente cuando estén capacitadas políticamente para entrar en armas, y no antes. Pero, para ello, será necesario seguir un largo camino, a fin de que el tecnicismo que se requiere, pueda ser asequible a los trabajadores, y no quede únicamente en manos de un pequeño grupo. Que este pequeño grupo puede ser la chispa de toda una dinámica en la clase, no quiere decir que su línea no sea, pues, una "línea de masas". Y mientras el aparato armado no se instale entre esta clase, con su nivel de conciencia política, dando la lucha dentro de lo que en ese nivel puede comprender y participar, esta diferencia tendrá que ser abismal.

El nacimiento y la organización de un movimiento no se da nunca fuera de un contexto en el cual la lucha de clases presenta un nivel de intensidad determinado. La preparación de un aparato armado, previendo un enfrentamiento en lo futuro, presenta, pues, un grave problema: hay ciertas acciones que, como decía el documento, violan la legalidad burguesa, cuando el aparato represivo reserva para sí el monopolio de las armas, la posesión de armamento por parte de otros, aun cuando es un hecho que viola dicha legalidad, y que la viola de tal manera,

que exige del aparato represivo una respuesta que traduciríamos en "¡rompan fuego!", entran en guerra con los agentes de esa violación (Pacheco Areco, el Presidente, ha dicho ya: "el país está en guerra"). Consideramos que tomar las armas es, pues, declarar la guerra.<sup>10</sup> Y sabemos que hay momentos que militarmente son inconvenientes para dicha declaración, que políticamente son poco aconsejables para el enfrentamiento agudo y, en los cuales, la actitud del movimiento político-militar debe ser la de ampliar sus bases de apoyo político, sin necesidad de entrar en tal combate. No queremos venir a dar consejos militares, ni repetir las tradicionales formas de trabajo político en el seno de las masas. Pero precisa comprender que el problema militar no está, en nada, desligado del problema político. Y si es inconveniente entrar en guerra, en un momento dado, es principalmente porque aún no se poseen las condiciones humanas ni la infraestructura material como para hacerlo, lo cual significa: no se tiene a las masas. Puede resolverse que la guerra las consigue; pero, mientras los disparos de ella no sean escuchados con la entonación que se quiere, por parte de los trabajadores, mientras ellos no comprendan políticamente

<sup>10</sup> "Cada guerrilla ... es una guerra política", *Actas Tupamaras*, Shapire Ed., Buenos Aires, 1971.



esta guerra que se desarrolla al margen suyo, no hay posibilidad alguna de pasar de esta pequeña guerra a una real guerra irregular. No es necesario afirmar que debe aprovecharse al máximo la legalidad burguesa para el trabajo de politización, porque no es eso exactamente lo que postulamos. Lo que se afirma es que si se quiere violar dicha legalidad, de manera revolucionaria, es necesario basarse en una acción en el seno de quienes deben ser los agentes de la revolución misma: los trabajadores, y hasta que ellos no comprendan qué significa y cuánto se viola la legalidad burguesa, no podremos pasar más que de un mero enfrentamiento entre un aparato revolucionario y el aparato represivo de la sociedad capitalista.

El comienzo de la guerra, del enfrentamiento, no está entonces, dentro de ningún cálculo estratégico de los Tupamaros: "La instalación de un grupo armado de por

sí genera conciencia".<sup>11</sup> Uruguay es un país donde la clase trabajadora, en su inmensa mayoría, está organizada; pero esa organización no se ha transformado en una organización política. Es una organización gremial; faltan partidos políticos de masas que, si existieran, podrían respaldar la entrada en "guerra" que anunciamos. No hay necesidad de que presten su apoyo ideológico, porque si lo hicieran, estaría de más este pequeño aparato; es sólo la presencia de un sector con un nivel de politización alto, y ante el cual actúa la alternativa política revolucionaria para atraérselo. Eso modifica mucho el cuadro en donde deben actuar y donde debe rendir frutos esta posición mencionada y analizada. Pero, sin su presencia, el resultado del trabajo armado no es siempre automáticamente la organización política de esta masa disuelta.<sup>12</sup> La primera etapa de la

<sup>11</sup> Para recalcar esa afirmación: "No hay mejor teoría revolucionaria que la que se extrae de las propias acciones revolucionarias realizadas", en *Actas*.

<sup>12</sup> Los Tupamaros dicen: "Acusarnos de que no nos preocupan las masas es ignorar que toda nuestra lucha lleva como objetivo ganar a las masas, organizarlas para y en la lucha armada; es ignorar además que si el objetivo no se fuera cumpliendo, hace tiempo que nos habrían destruido ... Hablar de gue-

rrilla aislada de las masas es un contrasentido cuando dicha guerrilla ha tomado estado público y golpea al enemigo. Es como hablar de la salud de un cadáver" (*op. cit.*, pág. 40). Hemos intentado demostrar aquí que la guerrilla puede existir aislada de las masas, cuando el enemigo, por más golpeado que se sienta, aún conserva el dominio político de ellas. Se puede hablar aún de la salud de un condenado a muerte, sin necesidad de referirse a él como un futuro cadáver.

lucha, tal y como la entendían los Tupamaros, se desenvuelve en medio de estas contradicciones: del primer enfrentamiento llevado a cabo por un grupo militar, una vanguardia político-militar, debía nacer su organización de masa, hasta llegar a la conformación del Ejército de Liberación.

Ya hemos mencionado sumariamente las tesis que se debatían con motivo de la Primera Convención Nacional de 1965. Allí se confrontaba la idea de la formación del partido, de la vanguardia política, con anterioridad a la organización de un aparato militar, con la idea de que éste precedía a la formación del partido propiamente tal. En definitiva, como hemos visto antes, luego de toda esta discusión, se mantuvo firme la posición que ubica a la formación del partido como la resultante de la lucha realizada por el aparato. "Creo que todo aparato armado debe formar parte de un aparato político de masas a determinada altura del proceso revolucionario y, en caso de que tal aparato no exista, debe contribuir a crearlo". El partido de masas, según la concepción tupamara, fue históricamente el MLN, que surge en 1968. Pero el MLN se funde definitivamente a los Tupamaros, dejando de ser una organización que mediara entre su acción y la masa desorganizada. Los Tupamaros pasan, pues, a denominarse MLN-Tupamaros. Era necesario aún crear la organización de masa, y ella no podía estar tan

unida con el propio aparato armado. Luego de esta fusión, se intenta crear los CAT (Comité de Apoyo a los Tupamaros), los cuales no parecen haber tenido mucho éxito. Hasta el momento actual, creemos que se da por cierto que esa función para el movimiento está estrechamente ligada al trabajo electoral llevada a cabo en torno del Frente Amplio el pasado noviembre, y que se espera que perdure.

En otras palabras, las formas previstas para integrar un partido de masas en el Uruguay, por consecuencia del nivel de las acciones militares, han fracasado, abriéndose ahora la posibilidad de la organización "26 de Marzo", creada con ocasión de la elección presidencial de 1971. Los Tupamaros han quedado así, de esta manera, sin poder presentar una organización política propia y autónoma, frente a los partidos tradicionales; aunque este aserto no considiera los resultados políticos que pueda ocasionar la formación del "26 de Marzo" al movimiento, por ser aún temprano para el análisis. Todo esto se refleja claramente en la afirmación siguiente:

Pregunta: ¿Qué formas organizativas vas piensar dar el MLN a su influencia en el pueblo?

Respuesta: Aquí sí podemos hablar de una *contradicción que tratamos de superar, sobre todo, en un período en que se nos plantea la guerra,*

a todos los niveles (subrayado nuestro), la lucha armada a todos los niveles. Existe una gran desproporción entre la influencia del MLN y el desarrollo de la organización de esa influencia por parte de nosotros. Hay mucha gente dispuesta a colaborar, de muchas maneras, a la que la organización no puede llegar por su propia estructura. A ellos, en este momento, se les está haciendo un llamado para la creación de lo que podría llamarse "Comité de Apoyo a los Tupamarios" (CAT), cuya estructura, cuya organización, sería similar a las células compartimentadas del movimiento: número reducido, funcionamiento clandestino y sus tareas centrales estarían dadas en particular por la difusión de materiales de organización y, eventualmente, estudios de objetivos, hasta en algunos casos en que estos comités tengan un grado suficiente de desarrollo combativo, y puedan procesar algunas acciones a nivel popular (Entrevista a Urbano).

Si la concepción definitiva respecto del partido, como objetivo que ha de ser alcanzado por el desarrollo de la lucha armada, fue planteada en 1967, debemos reconocer, entonces, partiendo de que esta entrevista se hizo en 1970, que en dicho lapso hay una modificación sustancial en cuanto a lo que, en realidad ha realizado concretamente el movimiento. Aquí

se reconoce la ausencia del partido, porque afirmar la imposibilidad de nuclear las simpatías abiertas es afirmar la debilidad organizativa y política, para formar de su acción minúscula un gran movimiento político. Se reconoce la ausencia del segundo paso en las etapas previstas de la lucha. La existencia de la contradicción mencionada por el respondiente, la imposibilidad de lograr una base de apoyo organizada, parte indudablemente de la forma en que se ha concretado la realización de la primera fase, la formación de la vanguardia político-militar, aislada de la base popular, lo que, llegado cierto nivel de actividad, parece profundizar (más que superar) cada vez más su separación de ella. Si lo vemos desde el punto de vista puramente militar: cuanto mayor es el requisito bélico para entrar en combate y mayor la calidad técnica de cada una de las acciones, se consigue reclutar menos militancia no sólo porque sus exigencias respecto a logística, entrenamiento, etc., han aumentado mucho sin haber impuesto otro tipo de trabajo político asequible a la gran masa, sino también porque, mientras a ese ascenso de nivel técnico no corresponde el ascenso del movimiento de los trabajadores, el nivel militar de las acciones queda respaldado en la nada. Mientras esos sujetos no vean como tuyas las acciones militares,

mientras ellos sean puros objetos de la represión, sin participar en la organización armada que la genera, no han de sentir el aparato como propio, y sólo pueden evidenciar una simpatía más o menos lejana hacia él. Y lo más importante: por ahora, sólo una simpatía individual, no organizada, no centrada en torno de intereses de clase compartidos, aislada del resto de la masa trabajadora que aún no ha tomado plena conciencia de su existencia como clase explotada. Queremos decir, simplemente, que las acciones armadas no generan directa y mecánicamente, aquí y en todos lados, la conciencia revolucionaria en el pueblo. Esa simpatía de que hablábamos, puede convertirse fácilmente en indiferencia e, inclusive, en odio, si es que acaso la represión con que responde el sistema a toda acción que ponga en duda su legalidad, recae sobre aquellos que sólo han sido espectadores, y que se han sentido del contenido político que expresaban. Esto no significa negar la validez de la lucha armada revolucionaria, en absoluto; esto significa más bien, ubicar la lucha armada dentro de una etapa culminante del ascenso revolucionario, del ascenso de las luchas obreras y la caducidad del sistema. Hay sobrados motivos para ubicarla allí; la revolución es un fenómeno que pertenece a las leyes hitóricas, y en las leyes de la

historia están los hombres, cuyo despertar no depende de sí mismos, y que necesitan el empuje de las fuerzas sociales para hacerlo. Pero, aun si es que se coloca la lucha armada en la culminación del proceso, no se negará la necesidad de que, en el transcurso de él, deba prepararse al pueblo para que en ese momento asuma su papel histórico, y dé el empuje final; no hacerlo, es rehuir la historia. Se entenderá, entonces, que, sin negar la necesidad de la lucha armada, la discrepancia se manifiesta en la forma en que esta lucha se prepara, en la manera de organizar a los sujetos en ella.

Debemos, entonces, mencionar, a través de estos tres últimos subpuntos, que la contradicción principal que manifiesta un movimiento como los Tupamaros en el Uruguay, se da entre la lucha de masa y el aparato armado; contradicción que es el resultado cierto de su lucha por la liberación, en contra de la burguesía y el imperialismo. Una contradicción que, según los Tupamaros mismos, se ha convertido en una crítica recurrente hacia ellos; pero que, por eso, no deja de ser válida. No se debe caer en el error de Labrousse,<sup>13</sup> quien sostiene: "Los Tupa-

<sup>13</sup> Alain Labrousse, "Tupamaros: de la guerrilla al partido de Masas". *Revista Tercer Mundo*, Cuaderno 1, 1971.

maros juegan, entonces, a los ojos de la masa, y por medio de acciones ofensivas sumamente provocativas, el papel de 'sensibilizadores' que resulta más concreto, más eficaz que, por ejemplo, una campaña de prensa". No creemos en los términos relativos, en materia de revolución, para poder afirmar que "esto es más 'sensibilizador' que lo otro". Primero, porque ambos efectos no son excluyentes; segundo, porque no está comprobada la eficacia o caducidad de una campaña de prensa, o del tipo de acción tupamara en el sentido de promover una lucha de masa, y tercero, porque "sensibilizador" no quiere decirnos, por ahora, nada. Dirán: "Pero si ellos han creado una atmósfera irrespirable en el Uruguay"; ninguna atmósfera es irrespirable por sí, salvo en su mezcla con un elemento objetivo y, de la misma manera, ninguna acción crea ese ambiente, si no es por la presencia objetiva de un sistema que se pudre y que lanza tan fétido olor. El problema que se plantea es la utilización política de la irrespirabilidad de la atmósfera, del ambiente; el problema es cómo se nutre un movimiento de las masas y, hemos ya dicho, que no lo hace automáticamente, promoviendo acciones que pudren el ambiente, aún más, mientras que ellas no estén en el campo de entendimiento y participación del pueblo. La

"sensibilización" puede responder a muchos estímulos, e inclusive puede "sensibilizarse" en contra de lo que se ha querido; porque los hombres, a pesar de hacerla, no dominan la historia.

La recurrencia de la crítica respecto del aislamiento de las masas de los Tupamaros o, de otra forma, de la contradicción entre la lucha de masas y el aparato armado, no significa restarle validez. Y en ella enmarcaremos todo el análisis de este movimiento. Pero hay que entender que hemos partido de la afirmación de que los Tupamaros representan la alternativa estratégica revolucionaria que se plantea frente al surgimiento y agudización de la crisis en el Uruguay. Que, por tanto, esta crítica sólo puede ser analizable dentro de la significación que le hemos dado. Lo cual nos lleva a afirmar, por lo menos hora como introducción, que las formas de organizar a las masas en el país no están dadas de antemano, y que debe buscarse y construirse el Partido de la Revolución sobre la base de la especificidad que conlleva el fenómeno uruguayo. Si vemos en los Tupamaros la apertura de la alternativa política, la crítica de su acción de masa no nos retrotrae hacia las formas tradicionales de trabajo político de las fuerzas que no han tomado conciencia de la nueva situación.

## EL ENFRENTAMIENTO

Pero lo que diferencia la acción de los Tupamaros en Uruguay, de la acción de otros grupos, son, a nuestro entender, dos factores:

1. El hecho de que la acción se plantea en la zona urbana,<sup>14</sup> y
2. el hecho de que sus operaciones, más que detenerse, como en muchos de los casos, han seguido una línea ascendente y continua en el aspecto militar.

Este segundo aspecto es lo que les da a los Tupamaros un carácter especial. La acción del aparato represivo, antes casi inexistente, y aumentada notablemente por la lucha armada de esta organización, se ha visto, en innumerables ocasiones, golpeada y burlada por ella. El enfrentamiento, hasta ahora, como hemos expuesto, se ha realizado entre el aparato militar represivo y el aparato militar revolucionario. No negamos que dicho enfrentamiento no haya colaborado en el ascenso del movimiento de masa en el último tiempo. Pero, de hecho, se dio como tal: como un enfrentamiento entre apa-

ratos sin intervención directa y organizada del pueblo. Mientras, entonces, la tarea del ejército de la burguesía sería, por principio, derrocar el aparato revolucionario en el campo del aislamiento respecto de la clase trabajadora, la tarea del aparato revolucionario no podría ser derrocar a su adversario, sin conseguir de antemano el apoyo de un movimiento de las masas.

Pero un enfrentamiento puede presentar sólo dos resultados, y no más: o derrota o victoria para alguno de los bandos; allí no hay empate posible. Entonces, si estamos en presencia de un enfrentamiento en Uruguay, nos preguntaremos cuál sería una situación de derrota o de victoria para los Tupamaros. Y enfocaremos la respuesta a esta pregunta dentro del análisis de la línea política del Movimiento. En ella intervienen factores que hay que señalar pausadamente; en primer lugar, existe un enfrentamiento militar, donde los aparatos se oponen de acuerdo con sus propias características, conformando una guerra particular. Pero también hay un enfrentamiento político, que para una guerra revolucionaria sirve de base y de sostén a su gestión militar.<sup>15</sup> El enfrentamiento político consiste en ganar a las masas para alguno de los bandos, en crear alrededor de uno de ellos a la organización política. Lo que solo podría

<sup>14</sup> "Algún día podrá escribirse la historia y descubrirse las leyes de la lucha urbana. Por ahora, eso es parte del bagaje privado de las organizaciones revolucionarias", en *Actas . . . , op. cit.*, pág. 40.

<sup>15</sup> Véase *Actas Tupamaras, op. cit.*

mantener la lucha, hasta lograr la victoria final, para cualquiera de los bandos, sería el hecho de ganar terreno en el último de los aspectos, asegurando a través de él, de ganar la ofensiva militar. En el caso uruguayo, el ejército de la burguesía ha mantenido la lucha entre los aparatos militares, confiando la hegemonía política al resto del sistema; no ha librado, junto con su actividad militar, una lucha política directa al nivel de las masas, desatando el terror en ellas, para que sean ellas mismas las que derroquen al movimiento revolucionario; aun cuando en ocasiones ha intentado acudir a la política del terror, no ha hecho más que sostener la lucha en el terreno militar, abiertamente cuando se ha resuelto a desvirtuar, confundir, distraer y dividir al adversario, lo ha hecho de manera que las respuestas del Movimiento han sido eficaces.

Si los Tupamaros mantienen la ofensiva en ambos aspectos del combate, la masa de simpatizantes que hoy y ayer nuclearon, y que mencionaba el militante anteriormente, se convierte inevitablemente en su organización política. Un movimiento en ascenso recoge todo el entusiasmo de aquellos indecisos que necesitan ver la fuerza de él para participar. Pero, perdiendo el poder de ofensiva solamente, en materia política, cayendo el nivel de los éxitos políticos y militares, esa misma masa de simpatizantes, resueltos antes de organizarse, no

solo se desmoraliza, sino que se pierde inevitablemente, y muchas veces pasa a las filas del propio enemigo: el Movimiento queda encarcelado, tanto por las fuerzas represivas como por la propia clase a la que dice defender. Lo que antes era ascenso, ahora se convierte en descenso vertiginoso. Se encuentra allí una de las claves del problema: es solo la ofensiva en el terreno político la que puede sustentar el trabajo militar; la pérdida del combate político es, definitivamente, la pérdida de la guerra, pues representa el agotamiento paulatino de la organización militar.

Dentro de este marco de análisis, hemos de comprender que, en el caso de los Tupamaros, lo que está en juego es el problema político, porque sabemos de antemano que el Movimiento ha conservado un nivel de trabajo militar considerable. Y ya se está poniendo en claro el asunto acerca de quién tiene el dominio político de la clase obrera. Porque luego de todo lo afirmado anteriormente, y de los sucesos actuales, particularmente las recientes elecciones presidenciales, ya no puede negarse el hecho de que el predominio político está aún en manos del sistema y de la burguesía. Si los Tupamaros han perdido la iniciativa política, pues, hay que admitir que allá en 1969 la tuvieron, y que la ofensiva militar que conservan, ausente políticamente, se va agotando lentamente. El hecho ya lo vimos: la imposibilidad de pasar de una primera etapa (la formación de la van-

guardia militar) a una segunda etapa (la formación de la vanguardia política) puede ser el indicador de dicha situación.

Aquí se enfrentan hipótesis, claramente repetidas ambas, que adjudican tanto a los Tupamaros una victoria a corto plazo (o a cualquier plazo), y otras que han dado por derrotado al movimiento. Todo el período anterior a 1970, particularmente 1969, representa para ambas tesis la acumulación de acciones y el incremento en su intensidad que, para los primeros, demuestran su invulnerabilidad militar, y para los otros fijan la fecha de un enfrentamiento donde correrían la suerte ambos bandos de un enfrentamiento, no definitivo, pero sí importante en cuanto al futuro de la guerra. Desde 1969, con la toma de la ciudad de Pando, se produce una etapa de hostigamiento total al régimen; y cuando existe tal tipo de acciones militares, es porque se está exigiendo una definición. La exigencia llegó traducida en 1970 con los secuestros del diplomático brasileño Días Gomide y del funcionario yanqui, torturador, etc., Dan Mitrione. Con ello ponían en duro aprieto al gobierno; vino, luego, el ajusticiamiento del último al rehuir Pacheco Areco responder a la exigencia de cambio de este personaje por presos políticos. Pero no fue nada más allá: el régimen pudo mantenerse a pesar de las presiones realizadas por la organización; demostró tener más fuerza de lo que se suponía. Y un traspié de este tipo es, para esta

tesis, fundamental en la continuación de la lucha; aquí, según la tesis derrotista, se pierde definitivamente, hasta ahora, la ofensiva en el terreno político. Sin embargo, para los otros, a pesar de las bajas, a pesar de ese repliegue de 1969, a pesar de los presos políticos, el movimiento ha mantenido, e inclusive aumentado, su nivel de trabajo.

La situación de crisis objetiva es, pues, uno de los fundamentos de la mantención del movimiento. Aunque, por supuesto, no el único, ya que se ha comprobado suficientemente que el nivel de actividad desplegado demuestra que la pérdida de la ofensiva política no ha caducado totalmente su propio proyecto. Iluso sería pensar que los Tupamaros están muertos en esta materia; iluso creer que están aplastados; pero, también, iluso sería pensar que sus márgenes de acción son amplios. El análisis cuidadoso de la evolución de los mismos debe plantear claramente sus posibilidades de acción. Sin estar agotados políticamente, se encuentran en una etapa de repliegue, de cuya incómoda posición sólo podrán salir mediante una clara composición política y por el agudizamiento progresivo del hundimiento nacional. *El problema se refleja entonces en el ajuste que deba hacer el movimiento a tal composición de fuerzas nacionales. La contradicción original entre lucha de masas y aparato armado, se manifiesta en esta otra: la contradicción entre la crisis y el movimiento revolucionario.*

## COMPOSICION DE FUERZAS

Hay que dejar en claro qué es lo que constituyen las fuerzas que actúan, directa o indirectamente, en el campo de batalla; cómo se descompone esta situación de la que se hablaba y con qué particularidades se debe enfrentar el movimiento.

1. *La interdependencia que establece la lucha armada en el Uruguay respecto de sus países vecinos y en general de América Latina, y el nivel de movilización de las masas que encuentran en ellos:* "Si nosotros atacamos al imperialismo por distintos frentes, como una bestia acorralada a mordiscones por todos lados, no sabrá a quién enfrentar primero. Es un poco aquello de dos, tres, muchos Vietnam. Si el proceso de Uruguay va más rápido que en los países vecinos y se crea una coyuntura revolucionaria que, en algún momento nos instale en el poder, es cierto, una de las eventualidades que se puede manejar es la intervención de los Estados Unidos, directamente o por intermedio de los ejércitos de los países limítrofes. En este caso, la lucha tendrá un carácter internacional contra un ejército invasor, y serían las condiciones de hecho que se crean para que la propia dialéctica de esa lucha nos lleve a un nuevo Vietnam". Es cierto que las condiciones cambiarían si acaso existiera un ejér-

cito invasor; la guerra adquiriría, como dijo, caracteres nacionales. Pero el hecho de tomar este carácter no asegura inmediata y directamente el resultado de ella. Conviengamos que, como lucha nacional, se ascenderá bastante en la maduración política de la clase trabajadora; pero no se nos puede escapar de la mente la presencia de Santo Domingo y Guatemala: las guerras nacionales pueden ser perdidas y significar un enorme retroceso para la lucha revolucionaria. El convertir, luego, una lucha de clases dentro de las fronteras de un país, en una lucha entre países, no garantiza automáticamente el éxito. La frase de ché Guevara: "Crear dos, tres, muchos" es sumamente precisa y justa; a las alturas del proceso mundial, el imperialismo no puede resistir la presencia de campos de batalla, con toda la significación político-militar del Vietnam en América Latina. Ya ese pasado prepotente ha sido superado: ahora cada paso que el imperialismo dé debe estar calculado para no desatar, detrás de él, una guerra nacional.

Pero así como la consigna es justa y precisa, su llevada a la práctica debe ser también calculadamente justa y precisa. Hay factores que intervienen en el análisis y que deben ser considerados:

- a) *La guerra nacional necesita, lógicamente, de una organi-*

*zación bélica y política en las bases.* Para el caso uruguayo, tal condición fue ya analizada. Y no fue por puro negativismo que concluimos que dicha organización no existía y que, por lo previsible, aún no estaban tiradas las líneas necesarias por los movimientos revolucionarios para poder cumplir con ella. Digase "armas para el pueblo", digase "espíritus armados", digase "armados políticamente"; de cualquier forma en que quiera verse armadas a las masas, y no tan sólo de "caños", "laques" y fusiles. El pueblo uruguayo no se nos aparece armado ni psicológica, ni política, ni militarmente;

- b) *la movilización existente en los países agresores por parte de sus clases trabajadoras puede neutralizar al enemigo*, lo que implica la necesidad de que la organización nacional haya actuado con un fuerte sentido internacionalista. Este aspecto debe ser motivo de un minucioso análisis de la realidad continental y que, por supuesto, no hacemos en este trabajo. Pero algunos principios deben quedar aclarados para no traicionarnos en esta materia. Estamos de acuerdo, por ejemplo, en que el problema de las vecindades uruguayas no

coarta ni impide el surgimiento de una revolución en la Banda Oriental. A Cuba la separaban sólo 200 km. de agua, del más poderoso país capitalista, y no por ello se amilanó un centímetro. Pero sin imposibilitar una revolución socialista, sin caer en esa especie de escepticismo geográfico, que más bien es un escepticismo ante las leyes de la historia, sí le da al proceso revolucionario caracteres que son propios. Sus denuncias ante los planes subimperialistas de Brasil, sus operaciones para con empresarios argentinos con capitales en el país y con los turistas veraniegos de Punta del Este, son los indicadores de una preocupación de parte del Movimiento. El énfasis en estos aspectos demuestra que no son artificiales, ni que se siguen los lineamientos de una declaración ritual y obligatoria sobre la continentalidad. Es una urgencia de un país que, cercado en la crisis, no puede resolver de manera tajante su propio problema del poder.

Por tanto, ambos elementos, que no aspiran en absoluto a ser los únicos, evidencian el hecho de que la fórmula correcta de "dos, tres, muchos Vietnam" no es tan simple como lo que está expuesto en la declaración transcrita. Para

crear Vietnam en América Latina hace falta el trabajo y el tesón de los partidos revolucionarios, porque mientras ese trabajo político en la clase no exista, el imperialismo puede estar seguro de que la respuesta no va a venir con la intensidad con que vino en el sudeste asiático. La declaración parece expresar algo como: "es posible que nos invadan si nos hacemos del poder, y eso nos ayuda; pero es posible que no nos invadan y eso nos ayudaría también", porque, por fin, la declaración se salta por alto una pregunta significativa: cómo es posible hacernos del poder en Uruguay y qué condiciones tendríamos, luego o durante el proceso, para dar una respuesta a la agresión imperialista del tipo de un segundo Vietnam. Todo eso no aparece y, entonces, el argumento de la invasión aparece como arbitrario.

*La contradicción original entre línea de masas y aparato armado, se expresa así en la contradicción entre lucha política interna y lucha internacional.* La cuestión es cómo llevar a cabo una lucha revolucionaria de tal carácter que sirva de afianzamiento en el campo de la lucha internacional.

2. En cuanto a la toma del poder: el *aparato represivo ha aumentado considerablemente en los últimos años.* Desde nuestro punto de vista, el régimen tiene aún margen

para aumentar su represión, no sólo física, sino política. La candidatura de Pachecho Areco en las últimas elecciones y el porcentaje de votos que obtuvo (23%) son, de por sí, un fiel indicador.<sup>16</sup> La burguesía ha copado el terreno político que, como se dijo, había sido ocupado durante un lapso por el MLN - Tupamaros. Y desde allí puede manejar sus hilos a su antojo. Aquella imagen que se poseía de un Uruguay que se hundía en las aguas del Río de la Plata, amorfo ya por su cercanía con el océano, es correcta en materia económica; pero ello no significa la pérdida de la capacidad política de dominación. Pachecho Areco caminó por la cuerda floja muchas veces; pero Pachecho Areco no es el sistema. Su caída no suponía la destrucción del sistema capitalista uruguayo. Y mientras al sistema no se le agote esa capacidad de dominación, la caída de cualquier régimen puede solamente constituir un paso hacia una nueva coyuntura, pero no puede en absoluto consistir aún en la toma del poder por el movimiento revolucionario. Se puede anunciar que los Tupamaros han realizado mucho para quebrantar su hegemonía, para poner en duda su existencia, que, en suma, el Uru-

<sup>16</sup> Individualmente, es el segundo candidato en votación.

guay es otro desde que ellos aparecieron en escena, y eso se dice a pesar de los problemas enunciados y de tenerlos en cuenta. Porque ningún movimiento revolucionario cubre los límites de la perfección; porque los errores deben superarse, y eso lleva tiempo; porque lo más rico que puede expresarse son sus propias rectificaciones y sus propias auto-críticas. De lo que se trata es de juzgar sus propias posibilidades, y no crear sueños e ideales que al final corrompen cualquier compromiso político.

Frente a ese poderío de los capitalistas, la potencialidad de los Tupamaros, militarmente impecables, a pesar de ser enorme, nos parece insuficiente para desatar una batalla en torno a la toma del poder. Debemos precavernos en no caer en el error de pensar que los Tupamaros ven como objetivo la destrucción del aparato burgués del Estado como obra propia, sin participación alguna de las masas; debemos evitar la equivocación de creer que son ellos, por sí mismos, los que se preparan para dar esa especie de "cuartelazo". Por tanto, aunque impecables en materia militar, dentro de los límites que se puedan esperar, hemos sostenido la presencia de un "espacio político" que aún ocupa la burguesía; que esa misma burguesía aún posee balones de oxígeno y fuerzas de reserva como para man-

tener el engaño en las masas; en fin: que aún las domina políticamente.

Ningún movimiento puede, sin embargo, permanecer de pie con el nivel de actividad de los Tupamaros, sin estar asentado en la clase trabajadora. La clandestinidad exige indudablemente un apoyo masivo para mantenerla; cinco años, largos años de ella prueban que ese apoyo existe. Pero convengamos en afirmar que es distinto un apoyo que recibe un movimiento revolucionario, para desempeñar su actividad del apoyo que él mismo recibe, por decirlo así, en su actividad; que es distinto el apoyo individualizado ante la represión del enemigo, del apoyo que se recibe cuando las masas se hacen eco de las consignas revolucionarias y toman parte activa en la lucha por el poder. Esa diferencia es la que existe entre la sobrevivencia de un aparato político-militar y el paso a una segunda etapa, ya mencionada, de la constitución de la vanguardia política, tal como el proyecto que creaba el MLN había señalado.

Que la crítica sea típica, modal, recurrente. Que todas las acusaciones hacia los Tupamaros recojan los mismos argumentos, indica que lo que aquí se expresa no es nuevo, ni puede ser una ensoñación de "intelectuales con insomnio". No se ha descubierto la "pólvora" al hacer tal tipo de referencias, ni nos molesta compartir las opiniones. Pero comprendemos una situación: que no es sólo el venir a afirmar el aislamiento de las masas

del movimiento revolucionario lo que importa; que si un grupo como los Tupamaros —al cual adjudicamos el haber emprendido la alternativa política justa frente a la crisis uruguaya— aún no encuentra su ligazón con las masas después de 8 años de labor, es porque hay algo más que el hecho de que ellos sean “militaristas”, de que ellos sean “blanquistas”, porque todas esas acusaciones terminan siendo siempre voluntarias. Es, principalmente, porque el camino de las masas aún no se ha encontrado y no se encuentra dado de antemano en el Uruguay; es porque el camino de las masas es un camino que hay que construirlo. Por algo será que no existen partidos de masa, y por algo es que no existen organizaciones políticas de masa. Porque no sólo los Tupamaros han fracasado, por ahora, en conformar la vanguardia política que se anunció; sino también los partidos de izquierda tradicional. Volvemos a repetirlo; para que no quepan dudas de lo que, por lo menos, es nuestra opinión: la línea de masas de un partido revolucionario en el Uruguay es necesario aún definirla, es necesario aún construirla, es necesario aún conocer la especificidad que tiene frente a las líneas de masas de otros países del continente. Y con esto esperamos no caer en la crítica que hacen (los Tupamaros) cuando afirman: “Rechazamos las acusaciones de quienes entienden que no elaboramos teoría, porque no aplicamos los esquemas que ellos conocen”.<sup>17</sup>

El enfrentamiento que se produce en el país se da, como ya se dijo, en el marco de la situación crítica a nivel nacional. Hay que tener bien presente tal hecho. Ninguna acción podría tener repercusiones revolucionarias sin que el sistema se encuentre amenazado por fuerzas objetivas; ellas multiplican las repercusiones de cualquier acción. Pero una acción revolucionaria sólo puede ser definida por el hecho de que impide las salidas del sistema a la crisis. La crisis no define por sí misma la situación revolucionaria; una situación revolucionaria se establece cuando el sistema no encuentra salida a ella, cuando los posibles atajos los encuentra tapados. Y esto es acción principal del partido de la revolución. Uruguay no vive aún una crisis de poderes; está bastante lejos de ello, quizás por la ayuda y el sostén político, militar y económico, que sus vecinos le prestan. En todo caso, la situación ha variado mucho de lo que era en la década pasada, y analizar esa variación sin analizar la acción misma de los Tupamaros es un grave error. Por eso es necesario irse con cuidado cuando se nos expone la tesis de que en el país existen dos poderes en pugna. “Frente a esa masa está quedando cada vez más claro que en el país, hay una dualidad de poderes. Esa dualidad de poderes va a subsistir durante mucho tiempo; pensamos que la lucha es lar-

<sup>17</sup> *Actas Tupamaros, op. cit.*

ga. Pero hay un hecho claro, tangible, que se palpa en la calle; esto es, una justicia de la dictadura que se expresa en los allanamientos, en el encarcelamiento y en las torturas, y también una justicia revolucionaria que va desde el ajusticiamiento de los torturadores del régimen, hasta el allanamiento de domicilios de los hombres en quienes en este momento se afirma la dictadura" (*Entrevista a Urbano*). Esto, por supuesto, es congruente con la tesis de la creación de muchos Vietnam en América Latina; los dos poderes son, indudablemente, los dos aparatos en pugna. Profundizando la afirmación, el equilibrio entre ellos depende de cuál de los dos consiga mantener la iniciativa. Aparentemente, cualquiera acción del régimen crea su propia respuesta de parte de los revolucionarios. Sin embargo, no puede decirse que la situación se presente de tal manera que sea posible visualizar la existencia de tal dualidad; la dualidad sólo puede existir cuando la sociedad se encuentra escindida en dos pedazos y uno de ellos tiende rápidamente a extinguirse, pues ninguna sociedad de clase aguanta tal incomodidad. Una dualidad de este tipo existe cuando la clase revolucionaria puede enfrentar las normas burguesas con otras normas propias, cuando las bases de sustentación del capitalismo están prontas a destruirse; en fin, cuando el sistema ha perdido parte de su control político de los trabajadores. Entonces sí podemos hablar de la existencia de dos bandos

diferenciables, aun cuando estos bandos no enarbolan, respectivamente, las banderas del imperialismo y la burguesía, por un lado, y las banderas del proletariado, por el otro, pues eso sería ilusorio ante una burguesía dispuesta a confundir. La teoría de los dos poderes (de la cual fue autor Trotsky) plantea una situación en la cual la organización de los trabajadores presenta un nivel alto de actividad, mientras el sistema entra en repliegue. Y esto no cuadra exactamente con el caso uruguayo. Si lo que se quiere decir es que el movimiento tiene la capacidad para responder a las acciones del Gobierno, del aparato represivo —y consideramos una capacidad limitada— (por medio de ajusticiamientos, allanamientos, etc.), concordamos primariamente con tal juicio, ya que la evolución misma de sus acciones así lo demuestra. Pero todo este planteamiento debe hacerse en un contexto más general que aquel que aquí se ha presentado: "que si nos allanan, nosotros allanamos, que si nos torturan, nosotros ajusticiamos, etc."; debe hacerse extensivo a la realidad de un sistema que mantiene y consolida sus bases propias de dominación y a las cuales el movimiento no ha logrado perturbar aún significativamente. No se confunda, pues, capacidad de respuesta a algunas acciones de la burguesía, con la presencia de otro poder frente a ella.

Mientras no sean las propias masas las que asuman su propio poder y lo enfrenten al de la burguesía, no se va

a poder hablar de la teoría de la dualidad de poderes. Y en tanto no se pueda mencionar esa teoría como efectiva para el país, las acciones de los Tupamaros son nada más una guía para que las masas vayan comprendiendo cuál es el camino hacia el poder. Jaquear al sistema, cuando este aún tiene el dominio político del pueblo, es también jaquear al pueblo, es impedirle que siga resolviendo su explotación por los caminos fáciles y falsos de la lucha por la disminución de las tasas de plusvalía del capitalista y el aumento del salario de los trabajadores. Es obligarlos a pertrecharse para protestar, es crear un ambiente social en el que la más mínima expresión reivindicativa sea insoportable: "Las masas van comprendiendo que cualquier acción que emprendan que implique afectar al régimen choca de una u otra forma con él; que la lucha por un salario se enfrenta a una ley congelatoria del régimen; que cualquier intento de manifestación o cualquiera tentativa de asamblea que afecte los intereses del régimen o del orden que el régimen defiende, es coartada; que cualquier medio de expresión de ideas que diga algo que pueda afectar a ese orden defendido por las bayonetas, es clausurado, como ocurre ahora con tantos diarios. Ese pueblo, esos trabajadores, están comprendiendo que cualquiera acción que desarrollen termina inevitablemente, ineluctablemente, enfrentada al régimen, y que los métodos con que, de

alguna manera, los está educando el MLN, los métodos de la acción directa, clandestina, son prácticamente la única manifestación y acción dentro del actual estado de cosas" (*Entrevista a Urbano*).

No se puede negar que la acción misma de los Tupamaros haya obligado a las masas a cierto tipo de acciones que violan la legalidad burguesa, represiva, impuesta por el nivel que adquiere la lucha armada. No se puede negar que los Tupamaros dan una nota especial a ese ambiente de crisis que se vive en el país. Este hecho lleva a los trabajadores a aprontarse organizadamente al emprender una lucha para lograr sus más mínimas reivindicaciones, lucha que no hubieran necesitado si acaso el régimen temeroso y acosado no hubiera impuesto tal nivel de represión; es una forma de educación y demostración de un camino para ellos. Cuanto más necesitado de reprimir se encuentre Pachecco Areco y la futura camarilla de Bordaberry, más necesitada de armarse se ha de encontrar la clase trabajadora. Si; a pesar de su aislamiento, como se les acusa, no puede negarse que han influido en la vida de ella. Pero aún lo que se mantiene en pie es que esa influencia es arbitraria, que puede ser aprovechada por el régimen, que puede ser recuperada con la creación del terror. El error en todo esto, el error adjudicable, y con eso volvemos páginas atrás, es que los Tupamaros no han sabido aprovechar la influencia que ellos mismos ejercieron y ejercen,

y que esa influencia puede dispararse para cualquier lado, derecha o izquierda, reacción o revolución. Piénsese así el problema del "aislamiento de las masas", piénsese así el problema de la pérdida de la ofensiva política, que no significa sino esta simple y al mismo tiempo compleja cosa: que el movimiento revolucionario no puede aprovechar para sí los desequilibrios que provoca, que no puede acumular las fuerzas de una sociedad sacudida por su acción. No es ni más ni menos que lo que se quiere decir, pero, para hacerlo, había que pasar por una cantidad considerable de conceptos difíciles, complejos, en los cuales estos procesos se comprendían; había que aclarar el problema del poder y había que dejar en claro todos los aspectos que aquí hemos tocado. Porque la acumulación de fuerzas no es un proceso tan simple y sencillo como para argumentarlo a la ligera; porque no está lista aún la receta —y creemos que nunca lo estará— que garantice el éxito en la línea de masa de un partido en ningún lugar del mundo.

Si después de toda la actividad emprendida por ellos, si después de 8 años de trabajo, las masas se agrupan en torno de un frente electoral cuya amplitud obliga a ciertas reservas políticas, quiere decir que hay factores que han influido notablemente. ¿Acaso el Frente Amplio no se puede explicar, al mismo tiempo, como una consecuencia de la lucha armada emprendida por los Tupama-

ros, ya que representa el primer intento serio de unidad en las fuerzas de la izquierda, como también se puede explicar como respuesta de la burguesía para evitar el agudizamiento de las luchas? ¿Es o no es una solución de "pacificación" entre las clases motoras de la historia?, ¿es o no una fórmula de arreglo, objetivamente? Representa, desde nuestro punto de vista, una falsa salida para el Uruguay el hecho de retrotraer las alternativas políticas a las vías tradicionales ya superadas por la crisis nacional. Volver a lo pasado e iluminar nuevamente un camino sin salida, cuando ya se ha avanzado bastante por el juicio correcto. Pero un movimiento que no ha logrado consolidar sus fuerzas lo suficiente como para hacer ver la trampa que se le ha abierto, no debe ponerse en contra de las masas cuando estas quieren ir a votar. Debe conducirlas, y si ellas no están aún capacitadas para pesar toda la importancia de tal trampa, ha de ponerse en su vanguardia, guiándolas en tal camino, pero sacando el mayor provecho de sus enseñanzas y evitando las catástrofes mayores. Aun cuando para muchos resulte incomprensible el apoyo prestado por los Tupamaros al Frente Amplio electoral, sabiendo quizás de antemano su derrota, y además por los motivos dados más arriba, creemos que es el primer paso de una revisión de la línea por parte de ellos. El partido revolucionario no puede ponerse en contra de los deseos de las masas, por más primi-

tivos que ellos sean; el partido revolucionario debe hacerse eco de ellos sacándoles el mayor provecho para el triunfo de la revolución y el mínimo de derrotas para la clase obrera. Lavarse las manos en el agua de las reflexiones estratégicas, en el caso de las elecciones, hubiera equivalido a entregar a los obreros a merced del enemigo. "El partido de las masas debía colocarse en el mismo terreno en que se colocaban las masas para, sin compartir en lo más mínimo sus ilusiones, ayudarlas con el mínimo de pérdidas a asimilarse las conclusiones necesarias" (Trotsky: *Historia de la Revolución Rusa*, tomo II).

## CONCLUSIONES

Las experiencias de la crisis y de la guerra urbana en el Uruguay exigen, tal como postulamos, replantear el problema del poder en ese país. La crisis no ha generado nuevas formas de bonapartismo, ni siquiera ha perjudicado profundamente el poder del actual régimen, de manera que seguimos presenciando a los mismos individuos sentados en los mismos lugares asignados desde 1966. Las masas uruguayas no se han movilizado lo suficiente como para impedirle al sistema su propia subsistencia, ni siquiera para impedir al régimen mantener una política definidamente represiva y explotadora. El Uruguay no se transformó en un Estado del tipo brasileño, y no tuvo necesidad de ha-

cerlo; pudo llamar a elecciones confiado en su triunfo, a pesar de que conocía la intensidad de las fuerzas objetivas que se le enfrentaban, la intensidad de la "debacle". No acude al terror sistemático, no modifica sus instituciones podridas, actúa con márgenes de libertad que otros envidiarían, en medio de lo que hemos denominados la crisis del Uruguay. Qué es lo que ha pasado: fundamos nuestra respuesta principalmente en el hecho de que las masas no han obligado al propio sistema a adherirse a otro tipo de políticas más incómodas. Y si las masas no lo han hecho, es porque la burguesía ha velado lo que las comprobaciones cotidianas de la crisis estaban expresando: que esto va a la quiebra. Si las masas no han aprendido, es también porque no se les ha sabido enseñar lo que para algunos estaba claro. Mientras ellas permanezcan ignorantes y el régimen pueda mantenerse dentro de ciertos límites de desequilibrio, no se van a movilizar, no van a constituir obstáculo para que la burguesía conserve su poder, y van a frustrar todos los intentos políticos de arrebatarlo.

Todo eso quiere decir que, si bien las condiciones objetivas del país ya están maduras para la revolución socialista, las condiciones subjetivas aún están a notable distancia de ellas. No hay que esperarlas; se deben crear; tal era la consigna. Pero en el trabajo de creación de las condiciones políticas para la revolución, muchos problemas han surgido, muchas debilidades

se demuestran. Hemos hablado de que la crisis nacional es también la crisis de la izquierda nacional, que no ha sopesado convenientemente su tarea. Un gran paso adelante creemos que se dio con la conformación del Frente Amplio que, aun cuando encontramos reparos a su composición, representa una experiencia política de unidad que es notable.

Allí, cuando la clase trabajadora actuó, aún defendiendo sus reivindicaciones económicas, sobre la base de una lucha armada, cuando se presentó combativamente ante sus patronos, cuando no llegó a composendas parlamentarias y arreglos ilusorios, mostró su eficacia y el logro de sus objetivos y, al mismo tiempo, el retroceso general del régimen. Los sindicatos combativos (bancario, frigorífico, etc.) obligan a la burguesía a manifestarse de una manera distinta de sus conveniencias; la obligan, pues, a una definición política. Pero estos sindicatos y sus acciones son aún minoritarios frente al resto de la clase que ha actuado de manera distinta.

Varios puntos, a manera de conclusión, es necesario detallar:

1. Las condiciones históricas de explotación en el Uruguay, además de la raíz histórica de su dependencia, condicionan un país al que económicamente no se le puede formular ningún proyecto económico congruente dentro del sis-

tema capitalista. La crisis, vimos, tiene características de ser total. Eso significaría que ningún desarrollo puede ser esperable dentro de ella, y que las buenas intenciones de su superación dentro del territorio burgués no dejan de ser meras ilusiones. Mientras la reproducción no franquee los límites de una reproducción simple a una ampliada, el Uruguay no tiene salida. Y hemos visto que eso sólo puede hacerlo la planificación central de la economía dirigida a satisfacer las necesidades populares, y no los intereses capitalistas. Hemos detallado ya las causas por las cuales el capitalista uruguayo no puede construir una reproducción ampliada del capital sin atender contra su propio interés.

Se puede decir con precisión que existe una ausencia de proyecto económico por tales motivos. Pero el hecho de que se quede sólo en la reproducción simple de capitales tiene también otra significación: que la estructura del Uruguay actual imposibilita que se establezca una política económica autónoma y congruente, porque en las condiciones de la reproducción simple, son los capitalistas, y no el Estado, los que imponen su propia política, que, en realidad, es sólo la anarquía de la producción. Se pierde la idea, de manera definitiva, del Estado benefactor, o del

Estado redistribuidor, o del Estado planificador. Aquí la política económica está en manos de los propios capitalistas, y el Estado se funcionaliza solamente para asegurar la apropiación de los excedentes que obtienen.

Ausente el proyecto económico, la política comienza a ser una sola modalidad de represión que se impone para el buen funcionamiento de los capitalistas. No se necesita que ella sustente cualquiera idea respecto al plan económico para lo futuro. El "tira y afloje" parlamentario pierde total consistencia frente a la política de hechos que impone la represión necesaria. La ausencia del proyecto económico, por tanto, redundará necesariamente en la ausencia de un proyecto político. Pero lo que atañe a la burguesía como ausencia, también atañe al proletariado como ausencia. Si los terratenientes, en la primera mitad de este siglo, hubieran tenido la posibilidad de acumular capital para crear un proceso industrial autónomo, hubiese sido posible luego la formulación de un proyecto demoburgués a nivel político. Pero no lo hicieron porque la dominación imperialista que se ceñía alrededor del Uruguay obligó a estos a arrendar sus tierras y a gastar lujosamente sus ganancias. La historia del siglo XX en el Uruguay es la historia de cómo se va estrechando

el espacio económico que él posee, de cómo se van reduciendo las fuerzas económicas internas, y de cómo se va ligando cada día más con el imperialismo. Reducido como espacio económico, resulta, pues, una reducción como espacio político, en el sentido de que ningún proyecto político pueda asentarse dentro de tan limitados márgenes. La dependencia externa del país, que se va agigantando con el paso de los años, deja de lado la formulación de cualquiera propuesta nacional. No sólo es imposible ya embanderarse tras un proyecto político-capitalista, sino que también es imposible hacerlo tras un proyecto de liberación socialista. O, en otras palabras: lo que ha hecho el imperialismo al coartar y degenerar la estructura económica uruguaya, es coartar y degenerar sus posibilidades políticas, creando la necesidad de que el socialismo uruguayo sólo pueda plantearse como un socialismo continental.

2. Hemos mencionado que si el sistema tuvo fuerzas para mantenerse, se debió principalmente a que el proletariado no pudo aprovechar las condiciones objetivas que le abrían camino al poder. Pero la clase trabajadora saca enseñanzas de estos inconvenientes, saca experiencia; ha visto que, cuando actuó combativamente, obtuvo triunfos de resonancia; las lecciones de la

historia no le caen en "barril sin fondo". El problema que se le presenta al Uruguay es el carácter de su estructura poblacional, el carácter de su estructura productiva y por fin, el carácter de sus clases. No se puede hablar en ese país de un movimiento campesino, pues hemos visto que este es pequeño numéricamente y, además, aislado entre sí, de acuerdo con el tipo de organización productiva que crea la cría extensiva de ganado lanar y vacuno. También apreciamos la debilidad, en general, del sector industrial y de la clase obrera ligada con él. La masa urbana, donde este sector se ubica, está predominantemente afiliada al aparato productivo estatal, al comercio, a la profesión liberal, y a las empresas privadas. Estos grupos constituyen el grueso de lo que se ha denominado "capas medias"; innumerables veces se ha dicho que el Uruguay pertenecía a esos países con "clases medias" hegemónicas, e inclusive dentro de los postulados de la política de Batlle de comienzos de siglo estaba al convertirse en tal "maravilla". Sabemos que esta imagen es falsa, y que lo que justifica la existencia de tales capas es el hecho de que absorben partes de la plusvalía que los capitalistas no pueden utilizar en la reproducción ampliada de sus capitales.

El hecho es que tal configuración modifica abiertamente cualquier proyecto de acción política que pueda formularse por parte de los partidos revolucionarios. Sin negar las experiencias políticas de otros países, resulta, pues, indudable que la configuración del país exija replantearlas a la luz de sus propias conveniencias. Lo que, para nosotros, significa que la línea de masas revolucionarias en el Uruguay no está dada de antemano y que es necesario crearla, formularla históricamente. La crítica que se hace generalmente de los movimientos de izquierda revolucionaria uruguayos, y que se refiere a su escasa vinculación en la base popular, olvida el hecho de que la tarea de masas no se resuelve allí como se resuelve en otros contextos. Nuestras referencias a las masas, a su escasa movilización y al aislamiento de los partidos revolucionarios, se formularon teniendo en cuenta tal particularidad. E intentamos demostrar que no era solamente cuestión de acusar de militarismo a estos partidos y movimientos, sino que el problema iba más lejos que eso.

3. Todo eso se traduce en el hecho de que tales movimientos no presentan una posición ideológica claramente expuesta. Que en el Uruguay existe un atrofiamiento

de la posición revolucionaria y que, en innumerables oportunidades, el pensamiento militar ha remplazado al pensamiento político. Porque el sujeto de la acción aún no está bien definido, porque el agente de la revolución aún se esconde tras el manto que establecen las capas medias urbanas. Creemos que se está produciendo un despertar de la acción del proletariado urbano que puede renovar la situación. Pero el problema principal es el carácter de la alianza que deba hacer este proletariado con las inmensas capas medias existentes; el Frente Amplio plantea un modelo de alianza que no puede considerarse aún como el adecuado, y que establece una composición de fuerzas internas favorable a la pequeña burguesía.

4. Por consecuencia lógica de una

acción revolucionaria que aún no pudo atraer para sí a las capas medias, porque no está ligada al proletariado y no presenta la inmensa fuerza que esa ligazón puede producir, es la propia burguesía la que está ocupando ese hueco paulatinamente. El agudizamiento de las contradicciones internas e internacionales obliga a la burguesía a crear masas de poyo, de atracción fácil, disponibles; en las condiciones del Uruguay, tales masas son, por supuesto, los grupos medios. Del éxito de esta atracción depende el mismo futuro del Uruguay; porque cuando la burguesía se encuentre respaldada aunque sea por el terror, por estos grupos, su política respecto a las clases trabajadoras será mucho más represiva, terrorista, divisionista y destructiva. Será, pues, el surgimiento del fascismo en el Uruguay.

